**64. CEB 25. La experiencia de ser la carta de Cristo[[1]](#footnote-1).**

Luis Van de Velde Comunidades eclesiales de base.

En su segundo libro (La Esperanza de un Pueblo), Padre Pedro observa que *“los marginados no han tenido la experiencia de ser la carta de Cristo para el mundo, de ser como comunidad de hermanos iguales, signo del Reino de Dios y sacramento, instrumento de salvación en el mundo*.” Las y los pobres en nuestro continente, revestida de la religión católica desde la invasión de los españoles y luego ampliado a otras religiones cristianas, *“conocen muchas prácticas religiosas y conocen de una religión donde hay personas sagradas, lugares sagrados, ritos sagrados, tiempos sagrados, mitos sagrados, cosas sagradas.” (p.37-38)*

Quien visita países europeos, se da cuenta que la era de la religión de las prácticas religiosas está terminando. Siempre hay menos misas, menos bautismos y confirmaciones, menos matrimonios religiosos, menos servicios religiosos fúnebres, menos procesiones (a no ser las transformadas en actos culturales y de memoria histórica), etc. Siempre hay menos sacerdotes disponibles y encargados de más y más parroquias. Se está tratando de rellenar los espacios con sacerdotes (muchas veces muy conversadores) desde el sur. Cada vez son más templos utilizados para fines culturales o que son vendidos para otros fines. Todo esto ha cambiado tan aceleradamente en algo más de una generación. Me pregunto: ¿No sería que las iglesias no han sido capaces de ser carta de Cristo en el mundo, de ser comunidad de hermanos iguales, de ser signo del Reino, instrumento de salvación en el mundo?

En nuestro continente y en El Salvador, aún se conserva las grandes tradiciones religiosas (ahora en una mayor diversidad de expresiones cristianas). Pero me pregunto: ¿la gran cantidad de gente que va a recibir la crucita de miércoles de ceniza o que participa en las actividades de semana santa o que va diariamente al culto o celebra retiros y alabanzas carismáticas, en las grandes concentraciones religiosas en los estadios, o…, en su vida concreta, ¿son realmente carta de Cristo en el mundo, forman comunidad fraterna, son signos e instrumentos del Reino de Dios en el mundo, en esta historia?

De ahí que las comunidades eclesiales de base (como nuevo modelo de ser Iglesia, como lo dice Padre Pedro, p. 37) tenemos una tremenda responsabilidad. No es cuestión de formar más grupos religiosos o aumentar cultos, ni construir más templos. Ya no estamos en tiempos de pensar en “sacramentalizar” a los fieles. Las CEBs deben vivir, dejarse ver y darse a conocer como carta abierta de Cristo. Es decir: quien ve actuar una CEB (en todas sus dimensiones) debe poder visualizar y reconocer al Jesús de Nazaret. Una de nuestras debilidades es que aún tenemos poco conocimiento real de quien fue y cómo vivió ese Jesús. Pensamos saber quien es Jesús por lo que hemos oído y por lo que nos han dicho, pero no hemos hecho muchos esfuerzos por profundizar en los testimonios de la Iglesia primitiva acerca de Jesús y como ella trataba de ser carta de Cristo. “Volver a Jesús” no es un grito de moda en una iglesia que quiere modernizarse. Volver a Jesús es una exigencia si queremos ser carta abierta y entendible de Cristo.

Padre Pedro menciona también la experiencia fundamental de la convivencia fraterna en la CEB y creo que debemos añadir “entre” las (diferentes modelos de) CEBs. Una de las características de la Iglesia que nació desde Jesús, es la fraternidad. Vivir como hermanos/as, como iguales, sin privilegios, sin autoritarismo, sin clericalismos, es un signo claro, adentro y hacia afuera. Recordemos lo que se decía de las primeras comunidades cristianas: *“¡Mirad cómo se aman! Mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro” (TERTULIANO, Siglo II)*. Con la masificación de la iglesia se ha perdido esa experiencia fraterna igualitaria. Las CEBs estamos ante retos de volver a demostrar que sí es posible vivir en comunidad, compartir, ser iguales, respetar a todos/as, darles la mano a todos/as, abrir el corazón a todos/as, unidos en la alegría y en la tristeza, en el dolor y en la esperanza. Así seremos pequeños signos del Reino.

Esta vivencia fraterna debe traducirse en acciones concretas, proféticas y solidarias, para poder ser instrumentos del Reino, de la salvación “en” este mundo, “en” esta historia. Cada eucaristía abrirá así el horizonte de la mesa común, con manteles largos, con un taburete para cada uno/a, con tortilla y conqué para todos/as (como nos lo decía el Padre Rutilio Grande). Nos referimos al compromiso concreto de cada CEB y cada miembro de CEB en la transformación de la sociedad, en la lucha contra la desigualdad, contra la corrupción, contra la violencia, y en favor de la paz que será fruto de la curación de las heridas y de la verdadera justicia. Ahí seremos anunciadores de buenas noticias con y para las y los pobres. (10 de septiembre de 2019)

1. A partir de ahora tomaré escritos de Padre Pedro (en su libro: La Esperanza de un Pueblo) como punto de partida para la invitación a la reflexión sobre la experiencia y los retos para las CEBs de hoy, desde El Salvador, y así como lo puedo comprender en y desde las CEBs del Movimiento Ecuménico de CEBs en Mejicanos “Alfonso, Miguel, Ernesto y Paula Acevedo”. [↑](#footnote-ref-1)